

*De viva voz. Vida y obra de Gilberto Bosques.*  
*Entrevistas y testimonios*, de Lillian Liberman (comp.)

**Alberto Enríquez Perea\***

*De viva voz. Vida y obra de Gilberto Bosques. Entrevistas y testimonios* es un libro original por su forma de concebirlo y asimismo es sorprendente y gratificante por la entrevista al embajador Gilberto Bosques, por las “otras entrevistas” y por los testimonios que reunió Lillian Liberman sobre “uno de los grandes héroes de la historia mexicana que merecen mucho más reconocimientos de los que ha tenido”, de acuerdo con la opinión del gran historiador Friedrich Katz.<sup>1</sup> Acompaña a este libro la película documental de la misma Liberman, *Visa al paraíso*, película que ha dado la vuelta al mundo, que ha merecido los más elogiosos comentarios y que tuvo como base precisamente las entrevistas que ahora se publican y que bien explica su génesis en “Mi encuentro con don Gilberto”. Y el texto de don Fernando Serrano Migallón, fino y pulcro como todo lo suyo, “Gilberto Bosques y su tiempo”, que nos permite contextualizar la labor diplomática del mexicano que nació en Chiautla de Tapia, Puebla, el 20 de julio de 1892.

Recordemos que La Casa de España en México, primero, y después El Colegio de México, siempre han tenido buen cuidado en sus ediciones y presentación de las mismas, en donde se destacan la sobriedad y la elegancia de sus portadas e interiores, ha publicado ediciones conmemorativas, series y colecciones, libros y folletos no venales para amigos de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) o de El Colegio de México, en donde la mano del editor y de los diseñadores hacen gala de su destreza e ingenio, con el único objetivo de disfrutar el libro y deleitarse con su contenido. *De viva voz. Vida y obra de Gilberto Bosques. Entrevistas y testimonios* es una muestra de lo dicho, que sigue con esa buena tradición y que cada día se renueva buscando siempre una buena obra para el lector.

En el colofón del libro mencionado tenemos un estupendo dibujo de Gilberto Bosques, que realizó uno de los pintores y dibujantes que trajo el exilio español en

\* Doctor en Historia por la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo. Profesor de la FCPYS-UNAM. Miembro del Sistema Nacional de Investigadores. Correo electrónico: enriquezperea@yahoo.com

<sup>1</sup> Lillian Liberman (comp.), *De viva voz. Vida y obra de Gilberto Bosques. Entrevistas y testimonios*, El Colegio de México, México, 2015, p. 431.

México, el navarro Gerardo Lizárraga. Igualmente son notables los dos últimos párrafos, en donde se asienta lo siguiente:

El diseño y la composición estuvieron a cargo de Cristóbal Henestrosa, quien utilizó la familia Espinoza Nova, la cual rescata los tipos utilizados en la Nueva España por el impresor español Antonio de Espinosa, quien radicó en el territorio que hoy es México desde 1551 hasta su muerte, en 1576.

Para el título, en la portada y en la portadilla se utilizó Mantinia, fuente diseñada por Matthew Carter, inspirada en las letras que aparecen en las obras del pintor italiano Andrea Mantegna (1431-1506).

¿Quién es el diseñador de *De viva voz. Vida y obra de Gilberto Bosques. Entrevistas y testimonios*? Es egresado de la Escuela Nacional de Artes Plásticas de la UNAM y su tesis de licenciatura obtuvo el primer lugar en la Segunda Bienal de Diseño, convocada por el INBA/CONACULTA/ENCUADRE, autor de *Espinosa. Rescate de una tipografía novohispana*, por ese interés desarrolló la familia para textos Espinosa Nova, que obtuvo los certificados de excelencia por el Type Directors Club, y por la bienal de tipografía latinoamericana Tipos Latinos 2010. A su vida creadora se suma, por ejemplo, la de diseñador de familias tipográficas para el Fondo de Cultura Económica y para el gobierno de México.<sup>2</sup>

Y al cuidado de la edición estuvieron dos altas personalidades muy queridas y apreciadas por la amorosa, profesional y delicada atención para los libros, don Antonio Bolívar y doña Eugenia Huerta. A ellos se les deben algunas cualidades más de la notable publicación *De viva voz. Vida y obra de Gilberto Bosques. Entrevistas y testimonios*. En la “Nota de los editores”, nos señalan que:

*De viva voz* se centra en la actuación de Gilberto Bosques –narrada por él mismo– durante su misión diplomática en Francia en los años de la ocupación nazi, poco después de la derrota de la República española, antecedente inmediato de la Segunda Guerra Mundial, que provocó el éxodo hacia Francia de más de medio millón de ciudadanos españoles y brigadistas internacionales. Para no interrumpir la lectura fluida de la narración, hemos reunido –en una sección al final de la entrevista– fotografías y documentos que ilustran y apoyan las palabras de don Gilberto; el lector puede acudir fácilmente a ellos guiándose por las páginas anotadas al margen del texto.<sup>3</sup>

Esta sección es sumamente importante. La narración de don Gilberto está respaldada, palabra por palabra, por documentos y fotografías que no sólo provienen

<sup>2</sup> Véase [www.estudio-ch.com](http://www.estudio-ch.com) consultado el 4 de abril de 2016.

<sup>3</sup> Lillian Liberman (comp.), *op. cit.*, p. 9.

de su archivo personal, sino de archivos históricos nacionales bien reconocidos. Y es, por otra parte, un rasgo de la personalidad del embajador mexicano. Todo lo que decía estaba respaldado por su palabra de hombre, a carta cabal, que sirvió a México con el único propósito de ponerlo en un sitio de honor que bien se merecía. Trabajó para eso, por México. Trabajó por México, no para él, como lo decía reiteradamente. Siguió esa ruta de lo que llamo la “escuela diplomática mexicana”. Y sin embargo, para los que dudaban y siguen dudando, están esos documentos que avalan su conducta intachable e impecable.

Para conocer mejor el alcance de la sección documental que acompaña la narración del embajador Bosques, es oportuno repetir las palabras de Claudia Bodek, hija de un berlinés, judío, que recibió una visa con la firma del cónsul de México en Francia, y que se encuentran en la parte de “Testimonios” y copia de la visa:<sup>4</sup>

La primera vez que oí hablar de él fue muy emocionante por la dimensión del personaje en la vida de mi papá, quien le tenía gran respeto, porque le debía la vida. La imagen, la importancia, el respeto, que nos transmitió mi padre de Gilberto Bosques, era inigualable, nadie tenía el valor que le reconocía Bosques; fue un personaje al que aprendimos a reconocer, a respetar, a valorar. Esa es la importancia que las personas tienen en la historia; no son los hechos históricos en sí, sino que la historia la hacen también los hombres con nombre y apellido, y con mucha decisión, voluntad y entereza, que no sólo cumplían las instrucciones sino que muchas veces iban más allá. No fue un burócrata que le selló el pasaporte, era alguien que se extralimitó en el cumplimiento de su obligación oficial, y que lo hizo no sólo por mi papá... La dimensión política debe haberla tenido, pero la humana, cómo poder rescatarla. Mi papá nos enseñó que era importante reconocer el nombre y el apellido de esta persona que fue fundamental en nuestras vidas (...).<sup>5</sup>

La dimensión humana de Bosques, sin duda, arrancó a partir de las enseñanzas de sus padres, de aquella noche que en lugar de cohetones y repiques de campanas que anunciaban la fiesta de la Santa Cruz, el 3 de mayo de 1903, en su natal Chiautla, se escucharon disparos, el correr de los caballos por las calles de la empedrada villa y los gritos de “¡Muera Porfirio Díaz! ¡Muera el mal gobierno!”. Los días de la lucha revolucionaria de 1910-1917, sin dejar aquél momento que partió en defensa del puerto de Veracruz, ocupado por tropas estadounidenses en 1914, de sus estudios del derecho, de las relaciones internacionales y, sobre todo, de la historia mexicana, de sus amistades como las que mantuvo con grandes internacionalistas que han dejado una huella, Isidro Fabela y Genaro Estrada, de los diplomáticos como Francisco Castillo Nájera y Narciso Bassols, de los intercambios y puntos de vista políticos y

<sup>4</sup> *Ibidem*, pp. 457-459 y 353, respectivamente.

<sup>5</sup> *Ibidem*, p. 459.

sociales con el Primer Jefe, don Venustiano Carranza, y con el presidente Lázaro Cárdenas, de su época de diputado constituyente local y diputado federal, de su oficio como periodista y director de *El nacional*. Todo ello contribuyó a fraguar la personalidad de Bosques en lo que se denomina “el humanismo de la Revolución Mexicana”.

La diplomacia mexicana, por otra parte, ya tenía sus años de vuelo y fue puesta a prueba en los años treinta, justamente el mismo día que asaltaron los falangistas las instituciones liberales y democráticas de la República Española. Fabela vio que lo que sucedía en España era sólo un escenario de lo que sería el drama europeo; Daniel Cosío Villegas, ministro de México en Portugal, estudiaba con esa precisión que siempre le caracterizó las consecuencias de la política de no intervención, el papel de Portugal, Francia e Inglaterra; Alfonso Reyes, embajador de México en Buenos Aires defendía el derecho de asilo que Europa, una vez más, ninguneaba; el coronel Adalberto Tejeda, ministro en París, hizo acuerdos con el gobierno de León Blum para que dejara pasar por su territorio armamento para los republicanos españoles; Manuel Pérez Treviño, en Madrid, desde los primeros días de la guerra civil abrió las puertas de la Embajada de México a los perseguidos por sus ideas políticas. México, pues, cumplía escrupulosamente con el derecho y la moral internacional, con los tratados y pactos internacionales, con el derecho de asilo, que había signado.

Cuando Bosques llegó a París en 1939, el mejor mirador de la política internacional, tenía una encomienda que requería la mayor atención: la ayuda a los republicanos españoles. Aquella era una época muy complicada y había que actuar con responsabilidad, inteligencia y audacia. En Europa todo estaba en crisis: el derecho, la democracia, las libertades, los valores, las iglesias, en especial la católica. Como una respuesta o contrarrespuesta a esta crisis surgían la xenofobia, la intolerancia, el dogmatismo, los totalitarismos, la persecución, la venganza, el terror.

Como muy bien lo asienta el doctor Fernando Serrano Migallón:

La diplomacia mexicana, durante décadas, ha contado en sus filas con funcionarios entregados a su misión. De entre ellos, algunos pusieron en peligro la propia vida para cumplir con su labor; eran diplomáticos que lo arriesgaron todo para salvar aquellos que ya no tenían a quien recurrir, cuyos derechos habían sido anulados y cuya esperanza de vida dependía del valor y la decisión de un mexicano. Gilberto Bosques fue sin duda uno de esos diplomáticos.

Efectivamente, eran días de peligro, que iba en aumento al caer la República Española, al avanzar las tropas nazis por el suelo francés y, al mismo tiempo, al cambiar la política de este gobierno hasta ser colaboracionista y al hacerse de la situación los falangistas y los integralistas portugueses. Los refugiados españoles llegaban a

Francia por miles y a ellos se sumaban, en otras proporciones, los perseguidos por sus ideas políticas, por su religión, por el color de su piel. Venían de los cuatro puntos cardinales, la rosa de los vientos europea, entonces, de luto, desgarrada, ensangrentada. Fueron días de grave peligro, de mucho peligro. Y el miedo fue invadiendo los ánimos y esto facilitó la persecución, el cobarde asesinato, la desaparición, la entrega de adversarios a los gobernantes que estaban a los lados del país de las libertades y lo hacía con su complacencia y con su anuencia.

El cónsul de México en Francia, Gilberto Bosques, no se amedrentó ante esta situación. Tenía el valor que le daba el humanismo de la Revolución Mexicana y sabía actuar en consecuencia en esos primeros meses en París y después en Marsella. Así lo relató a Lillian Liberman:

Fue algo muy azaroso, naturalmente, las circunstancias eran difíciles. Iba desde la penuria, desde el racionamiento severo, desde la falta completa de lo más elemental para vivir, hasta lo trágico, terrible de la guerra. Pasamos por esa situación en Marsella, de grandes dificultades. Las de orden doméstico se debían a la escasez más que a la carestía de alimentos, de carbón para la calefacción; mis hijos [Laura, Teresa y Gilberto] a veces se iban a la escuela con una tacita de aceite de oliva, una aceitunas, una zanahoria raspada algo así, porque no había leche ni pan.

Tratamos de superar todos esos problemas y acomodarnos a aquella realidad, pero lo trágico estaba en la guerra misma y en la situación de mucha gente, de los españoles, de quienes habían participado en las Brigadas Internacionales –que habían sido retiradas de la guerra de España–, de todos los que habían participado en la Guerra Civil Española; de todos aquellos fugitivos de Austria, de Alemania, de Polonia, de Yugoslavia, de Italia, que buscaron refugio en Francia, para quienes México tuvo una actitud, en ese momento, de protección. Se les protegía para que no cayeran presos, para que se librasen de la acción policiaca que era muy severa. En todo momento, en la calle, en los cafés, en todas partes exigían los “papeles”, “papeles”, “papeles”, y los extranjeros eran tratados de una manera terrible, los conducían a los campos de trabajo obligatorio (los incorporaban a las compañías de trabajo que habían formado en los campos de concentración), a las cárceles o a Alemania.<sup>6</sup>

En la narración de Bosques también hay otro punto que es importante resaltar, y que era consecuencia de lo que se vivía en Europa, especialmente en Francia: la crisis que sufría el derecho, en lo general, y el derecho internacional, en lo particular. Había que buscar nuevos paradigmas, había que buscar antecedentes en la historia que ayudara a resolver los urgentes problemas que se estaban viviendo en el mundo. Por eso y con toda razón decía don Gilberto que:

<sup>6</sup> *Ibidem*, p. 86.

ya no estaba vigente el derecho internacional clásico ni el urgente; por lo tanto tuvimos que resolver muchas cosas con base a ciertos antecedentes en normas establecidas, en consideraciones de tipo humanitario.

En el derecho natural y en el derecho de gentes y luego en normas generales y en precedentes históricos apoyamos nuestros argumentos para lograr su aceptación por parte del gobierno de Vichy; igual hicimos [años después], en Lisboa ante el gobierno de Salazar. Fue un acopio de experiencia también en el terreno de los resultados de una gestión fundada en razones importantes, sustantivas. Yo argumentaba ante la [secretaría de] Relaciones: tenemos que salir de la legalidad para entrar en el derecho, es decir, salir de las normas establecidas como el de Vichy y después por el de Salazar, para entrar en lo que es verdaderamente el derecho, en lo que es lo sustantivo del derecho, del derecho de gentes, del derecho internacional.<sup>7</sup>

En estas declaraciones hay, por lo menos, tres claves del pensamiento humanitario de Gilberto Bosques. Primera, que toda gestión diplomática debe estar fundada en razones importantes, sustantivas; segunda, entrar en lo que es verdaderamente el derecho; y tercero, en lo sustantivo del derecho. Dos palabras se repiten: “sustantivo” es una de ellas, y la otra es “verdaderamente”. Por otra parte, habla de legalidad, pero legalidad de regímenes como el de Vichy y la dictadura de Salazar. Es decir, regímenes que se apartaban y se alejaban de un Estado democrático y derecho. Entonces, fue toda una hazaña la desempeñada por el cónsul Bosques en el campo mismo del derecho: hacer válidos sus principios sustantivos.

Así se entiende por qué la actitud de México y del cónsul Bosques no fue grata para los servicios de inteligencia francés que estaban al tanto de sus movimientos. Y una vez más se da las gracias a los editores de este libro que a la narración de don Gilberto se hayan puesto documentos que comprueban la actividad del diplomático mexicano. Un documento que está en la página 251 dice:

Tengo el honor de informarle que muchos de los refugiados españoles internos en el campo de Argelés-sur-Mer reciben directamente del Cónsul de México en Marsella convocatorias invitándoles a presentarse en su Consulado para inscribirse en las listas de emigración hacia México o para reunir la documentación necesaria para esta emigración”.

Y el que está en la página 253, inicia con estas palabras:

Tengo el honor de informarle que me ha llegado de una fuente absolutamente cierta, que el señor Cónsul General de México en Marsella, tenía la intención de llevar a cabo una protesta por parte de la Legación de su gobierno ante Asuntos Extranjeros en VICHY, en las siguientes circunstancias.

<sup>7</sup> *Ibidem*, p. 97.

El sábado 13 de diciembre [de 1940], a las 7 de la mañana, yo efectuaba en el Hotel Astoria, en el número 10 del boulevard Garibaldi en MARSELLA, 3 visitas domiciliarias sucesivas en cuartos ocupados por sujetos españoles, llamados ESCOFET, FONT y LOZANO. Estos tres individuos me habían sido señalados como portadores, de VICHY MARSELLA, de una suma muy importante de dinero proveniente del tesoro español llevado a México por el Sr. NEGRÍN. Estaba destinada a ser entregada a los exjefes comunistas españoles en MARSELLA. La pesquisa no dio ningún resultado, en lo relativo a los dos primeros interesados. El tercero tenía en su poder una camisa llena de documentos que, a primera vista, me parecieran interesantes y que decomisé en ejecución de la comisión obligatoria de la que yo era portador. Este extranjero declaró que era empleados de la Embajada de México en Vichy, pero no exhibió ningún documento que confirmara sus dichos.

Pero no se crea que sólo a los hombres y a las mujeres, a los jóvenes y a los ancianos se les daba atención y se les procuraba todo cuidado y para eso se rentaron los famosos castillos de Montgrand y de La Reynarde. No, no sólo para ellos. También hubo un cuidado muy especial, delicado, atento, minucioso, para los niños y las niñas. Eran los infantes los que más sufrían y los más golpeados por la guerra. Niños huérfanos, niños abandonados, niños enfermos, niños desnutridos, niños que quedaron solos en la soledad más cruel e inhumana, sin padres ni familiares. Para ellos, había que conseguirles y darles refugio, comida, cuidados, cuidados especiales y un poco de sosiego en su alma para que brotara como brotó una luz en su alma y una dulce sonrisa.

No era causal que se repitiera esta aptitud que fue la primera que tomó México al aceptar 500 niños españoles. Tampoco de Bosques, que fue maestro, educador, reformador del artículo tercero en 1934, que pensó en un centro de altos estudios en donde invitó, entre otros, a Albert Einstein. Y mucho menos del conocimiento que tenía su esposa, María Luisa Manjarrez, al formar una escuela que fue ejemplo y admirada por Jean Piaget.

Que sea la voz de don Gilberto la que cuente esta acción humanitaria:

Había muchos campos de concentración [en Francia] y México llegó hasta ellos para sacar gente, para rescatar niños; se puso una casa en los Pirineos para los niños rescatados de los campos y algunas veces fuera de ellos porque los niños huían de esos campos y, claro, estaban en condiciones físicas que reclamaban una atención médica especial. En esa casa de los Pirineos instalamos a unos 80 niños. México afrontó todos los gastos del alquiler de la finca, los salarios del personal, la alimentación y la atención médica, el personal médico y las trabajadoras sociales las proporcionaron los cuáqueros.

México hubo de sostener todo eso; tiempo después, cuando estaban a punto de deportarnos a Alemania, todavía tuve oportunidad de dejar fondos suficientes para seis meses de sostenimiento de esa casa de niños, para la recuperación de los niños de los campos” [de concentración].<sup>8</sup>

<sup>8</sup> *Ibidem*, p. 87.

En esta atención a los niños y a las niñas, toda la familia Bosques participaba, especialmente en los dos castillos. La señora Manjarrez que, como hemos mencionado, tenía experiencia en el ramo de la educación, “organizó la Escuela México”. Laurita y Teté leían, cantaban, bailaban solas o con esos niños. Asimismo, nos cuenta Bosques:

Había una atención especial para la alimentación de los niños, y su salud era vigilada por médicos pediatras muy buenos. Conseguimos comprar, con muchas dificultades, unas vacas suizas para que los niños tomaran leche (los niños de Marsella no tomaban leche y tampoco mis hijos, pero los del castillo de Montgrand, sí); las vacas estaban al cuidado de unos veterinarios españoles muy profesionales, muy capaces. En el castillo de Montgrand, lo mismo que en el de La Reynarde, había enfermería con médicos y enfermeras de planta, pero también había asistencia personal por fuera, es decir, a los que estaban radicados fuera de los castillos se les atendía y se les daba las medicinas. Fue una acción humanitaria en el campo médico bastante amplio.<sup>9</sup>

En *De viva voz: Vida y obra de Gilberto Bosques. Entrevistas y testimonios* se encuentran tres fotografías de niños,<sup>10</sup> que tienen una secuencia del campo de concentración a La Casa de México, es decir, a la Casa de la libertad. Los niños tienen otra expresión. Encontraban en esta casa una paz interior, aliento y fe en la vida. Nuria Simarro dejó este testimonio de esos días en Francia, cuando era niña, cuando andaba con sus padres y hermanos, y de la imagen que se le quedó grabada, para siempre, de Gilberto Bosques:

Recuerdo uno de los castillos que tenía don Gilberto cuando nos invitó a comer; era algo fantástico para una niña. Todo el tiempo que estuvimos allá, él nos procuró. No nada más nos ayudó a nosotros, ayudó a cientos de gentes. Además del nombre de don Gilberto, sólo recuerdo el de Luis I. Rodríguez, quien también ayudó muchísimo, porque leí una novela de los refugiados, *Los rojos de ultramar*, de Jordi Soler. Yo veía a don Gilberto grandote, altote, fornidote, así era. Fue alguien realmente maravilloso para todos nosotros, porque se preocupaba muchísimo; él consideraba que se habían cometido injusticias con nosotros, porque hasta en Francia nos perseguía el gobierno de Franco y se llevaba muchos españoles a España, unos para meterlos en la cárcel y otros para matarlos (...) Mi padre regresó a España cuando ya no vivía Franco, porque antes nunca quiso volver (...).<sup>11</sup>

En *De viva voz: Vida y obra de Gilberto Bosques. Entrevistas y testimonios* también está el testimonio de Concepción Fernández, que era una niña que escuchó por primera

<sup>9</sup> *Ibidem*, p. 89.

<sup>10</sup> *Ibidem*, pp. 217, 235 y 241.

<sup>11</sup> *Ibidem*, pp. 490 y 491.

vez en su tierra natal el ruido de las sirenas que anunciaban un inminente bombardeo, la búsqueda de refugio, los bombardeos, y tiempo después, ante el panorama funesto que iba dejando la guerra se fueron a Francia, con sus padres y en donde sucedió lo siguiente, que coincide justamente con la narrado por don Gilberto: las difíciles circunstancias que había en Francia para el trabajo consular.

Mi padre decidió que nos íbamos a Argentina. Se preparó todo y nos fuimos a un hotel a Marsella. El barco se llamaba *Alcina* (...) y nunca llegó a Argentina. Nunca. Cuando llegamos a la pasarela del barco, vimos una especie de caseta de donde salieron unos policías, creo que eran franceses, y preguntaron quién era Luis Fernández Clérigo, y mi padre dijo “soy yo”, y lo metieron en la caseta (...) Salió un policía y dijo: “Todos ustedes pueden embarcar, no hay problema, pero el señor Fernández Clérigo se queda aquí?”. Fue un horror, un estupor, no saber qué iba a pasar, pero sí sabíamos que unas semanas antes habían detenido al líder de la Generalitat catalana Luis Companys, y lo habían fusilado. Mi madre decidió tomar un taxi y pidió ir a una Embajada, creo que era la de Argentina. Cuando ella le relató al cónsul lo que estaba pasando, él contestó que tenía que localizar a los cónsules de Brasil y de México, y sí los localizó. Dijo que era importantísimo sacar a mi papá ese mismo día porque esa noche lo mandarían a España, donde le esperaba muerte segura. Pasaron horas, fuimos de un consulado a otro; cuando se reunieron los tres cónsules dijeron que nos fuéramos al hotel y que ellos harían la gestión. Como a medianoche llegó mamá y nos dijo que parecía que lo habían localizado.

Los tres cónsules hicieron un trabajo maravilloso. Al que conocí después fue al de México, que fue quien hizo más. Mi mamá me contó que en una ocasión llevaban a mi padre al baño, empujándolo, al ver eso, el cónsul de México les dijo a los policías: “¡Oigan. Tengan ustedes más respeto! Nosotros en México tenemos una gran colonia de franceses y el presidente se va a enterar de lo que ustedes están haciendo con este señor que es muy importante”, y se calmaron.

Entonces, el cónsul de México, que después, hace muy poco, supe que era don Gilberto Bosques, fue quien lo llevó al hotel. Alabó mucho el valor de mi madre, me acuerdo muy bien que dijo: “Don Luis, a esta mujer la puede usted dejar sola por el mundo; cómo se ha movido. Pero aquí hay algo muy peligroso, esta vez tuvimos suerte, la próxima no sabemos; se tiene usted que mover rapidísimo y tomar el primer barco que salga hacia América (...)”.<sup>12</sup>

Cecilia Elío era una jovencita de 13 o 14 años cuando vivió los horrores de la guerra en España, la persecución a su padre, la angustia de su madre de no saber el paradero del esposo, con sus dos hermanitas también sufriendo por el paradero del papá. Se fueron a Francia y aquí por fin supieron que su padre acababa de cruzar la frontera gracias a unos amigos que se jugaron la vida por él:

<sup>12</sup> *Ibidem*, pp. 478 y 479.

Mi papá se entregó a las autoridades francesas, diciendo que no tenía papeles y lo metieron a un campo de concentración, donde estuvo dos meses. Luego llegó a París, el 20 de octubre del 39, hecho un verdadero guiñapo; era un hombre destrozado y nunca en la vida se repuso.

Tiempo después decidieron venir a México (...) Salimos el 14 de febrero de 1940 en un barco francés que iba a Nueva York. Al llegar nos apartaron y no nos dejaron bajar del barco (...) Nos llevaron a Ellis Island y nos metieron presas, separadas de papá, quien venía con una especie de hepatitis (...) Cuando nos dejaron salir nos vinimos a México en un autobús y llegamos todas hechas papilla por tanto tiempo en el autobús (...)

La estancia en México fue difícil, sobre todo al principio. Sí fue una maravilla que Cárdenas nos abriera las puertas de México, eso no se lo podemos pagar con nada, pero en ninguna parte nos querían (...) Y sí, sí tuvimos nuestros problemas.

Yo no podría volver a vivir en España, mi país es México, lo quiero muchísimo (...)

Cecilia Elío fue una de las primeras personas que recibió del cónsul Bosques su tarjeta de edificación de asilada política, como se puede constatar en la página 189 de la obra que reseñamos.<sup>13</sup>

A estos fieles y verídicos testimonios quiero traer una vez más, para concluir, las palabras de don Fernando Serrano Migallón, palabras sabias de hombre sabio, con que inicia su “Gilberto Bosques y su tiempo”:

El rabino Baal Shem Tov solía decir que quien mata a un hombre asesina a la humanidad entera, y que quien salva a uno solo rescata a todos los hombres. Este pensamiento simbólico, en el que cada mujer, hombre o niño es un compendio de la humanidad y su persona merece toda la protección posible, anima una forma de pensar sobre la cual se ha construido el pensamiento humanitario y que es el freno moral más efectivo contra los abusos y crímenes perpetrados contra seres humanos inocentes. Partir de ese pensamiento para convertirlo en hechos concretos y acciones es lo que comúnmente llamamos heroísmo. Se puede ser un héroe cuando se reacciona ante un hecho preciso, pero es más difícil asumir el deber de ponerse del lado de la justicia y arriesgar todo por aquellos que no tienen nada: ése es el caso de don Gilberto Bosques.<sup>14</sup>

Lillian Liberman (comp.), *De viva voz. Vida y obra de Gilberto Bosques. Entrevistas y testimonios*, El Colegio de México, México, 2015.

<sup>13</sup> *Ibidem*, pp. 474 y 475.

<sup>14</sup> *Ibidem*, p. 11.